

COORDINADORA CASTILLA

UNA COMUNIDAD DE SERVICIO

Carlos Entrambasaguas cvx
CVX Valladolid

El primer recuerdo que yo tengo de la Coordinadora Noroeste, que ahora llamamos de Castilla, es una reunión en Vigo, a donde acudí la Coordinadora a intentar revitalizar a la maltrecha comunidad, sin conseguirlo. Entonces yo no podía imaginar que un tiempo después, y durante bastantes años, me iba a tocar estar en ella desde otro lugar y con otra responsabilidad. Sustituí a David Martín, no recuerdo por qué yo y no otro con más dotes o merecimientos, alrededor del año 1996 y fui coordinador hasta la asamblea de Murguía de 2004. Fue un esfuerzo gozoso pero largo, que al final me dejó bastante cansado y sin muchas ganas de seguir participando de las estructuras de "gobierno", por llamarlas de alguna manera, de la Comunidad además de dejarme el convencimiento de que los cargos deben rotarse con cierta agilidad para ser de verdad eficaces. Y no fue un esfuerzo para mí sólo. Elena, mi mujer, tuvo que esforzarse lo suyo también, porque dadas nuestras circunstancias familiares ella tenía que cargar con todo el peso de la casa cuando yo me iba, y todo lo que yo hice en la Coordinadora no hubiese sido posible sin ella y sin su generosidad.

A lo largo de todos esos años fue pasando mucha gente por la Coordinadora, pero a mí me gustaría recordar especialmente a unos pocos. Víctor Román, de Burgos, y Javier Cordera, de Salamanca, junto a los que hice explícito mi compromiso permanente en Salamanca, lo que les hace formar parte para siempre de mi vida mal que les pese; Nacho García Velasco, nuestro "teleasistente", como él decía, siempre de buen humor, hiperactivo y alegre, al que la vida y las decisiones de sus superiores de la Compañía han llevado a Roma, donde por fin habrá encontrado un tráfico a la altura de sus dotes como "conduttore"; Francisco Arrondo, uno de esos jesuitas que dignifican a la Compañía, al Orden sacerdotal y a la condición humana en su conjunto; Álvaro Díaz, de Vanguardia de Gijón, presidente nacional en muchos de esos años, un profeta sagaz y poco hablador; Alfonso Salgado, de Salamanca, que por alguna razón que se me escapa siempre me concedió mucha más autoridad de la que merezco; y por encima de todos Montse del Olmo, mi compañera de comunidad de Valladolid, con la que hice un montón de kilómetros todos los años, además de pasar por otros avatares, que sirvieron entre otras cosas para consolidar una amistad que no dependerá de los vaivenes de la vida. Con todos ellos, y otros, pude sentir lo que significa verdaderamente la palabra "Comunión", y ellos fueron para mí durante años el rostro vivo de la Comunidad Nacional y Mundial.

Precisamente, si de alguna forma el paso por la Coordinadora fue una gracia para mí fue precisamente esa. La Coordinadora poco a poco fue evolucionando hacia configurarse como una comunidad de servicio para las demás comunidades, mucho más allá de un simple foro de transmisión de actividades y vivencias. Poco a poco la Coordinadora se fue atreviendo a ser en la medida de sus posibilidades una especie de motor apostólico para las comunidades locales, una brújula, por seguir con las metáforas, que orientase a esas comunidades, que velase por su desarrollo y su bienestar, que llegase incluso a anticiparse a las necesidades. Procuramos acompañar a comunidades que surgieron entonces, ayudamos a algunas a discernir que su futuro no estaba en la CVX nacional, lo que costó no pocos disgustos y quebraderos de cabeza. La Coordinadora fue, en definitiva, el reflejo de la Comunidad que vive y trabaja, que intenta ser fiel a la vocación recibida, cuidándola y acrecentándola como un auténtico don de Dios a la Iglesia.



Yo maduré mi compromiso permanente dentro de la Coordinadora. Descubrí en ella que mi lugar en el mundo dentro de la Iglesia es la Comunidad de Vida Cristiana, y sentí con toda claridad que Dios me llamaba a formar parte de ella. Las circunstancias personales cambian mucho con el paso del tiempo, y la forma concreta de vinculación a una comunidad local también puede ser muy cambiante. Los hijos, los trabajos y el ritmo de cada día a veces hacen difícil seguir el ritmo que en las comunidades por las que yo he pasado suele ser el habitual, pero lo que descubrí en la Coordinadora es que una comunidad apostólica ignaciana de laicos es el lugar en el que yo quiero vivir mi fe, de la forma que sea en cada momento, pero sin dejar de ser nunca en Comunidad, Apostólica, Ignaciana y Laica.

En definitiva, no puedo recordar mi paso por la Coordinadora sin pensar que fue providencial para mi vida. Si además resulta que también fue providencial para la Coordinadora no me toca a mí decirlo, pero reconozco que aunque sea pura vanidad y afecto desordenado me gustaría pensar que sí.

